



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La virtud ciñe una corona de espinas, para ceñirla después de rosas. (Continuación.)—Safó; poesía.—La houri de la frente pálida. (Continuación.)—La perfecta hermosura; poesía.—Explicación del figurín.

LA VIRTUD CIÑE UNA CORONA DE ESPINAS,
PARA CEÑIRLA DESPUES DE ROSAS.

(Continuación.)

VIII.

La desconocida de la góndola.

¡Qué hermosa es Venecia! ¡Qué deliciosas noches de luna se pasan en ese delicioso mar Adriático! ¡Cuántos episodios, cuántos sueños fantásticos, cuántos delirios de poeta nos ofrecen aquellas aguas, que mecen mil y mil góndolas al blando compás de sus claras lagunas!

¡Qué misterio tan sublime! ¡Qué silencio tan majestuoso! Una barca se sucede á otra barca, y al canto de un marinero, responde otro canto lejano.

¡La cuna de las artes!... ¡Oh, qué hermosa!... ¡Italia! ¡Italia!... ¡Hasta tu nombre despierta grandeza, elevación y poesía!

Hay países, donde es preciso sentir, donde se apoca la materia y el espíritu se engrandece, donde vuela la fantasía en busca de amor y laureles, donde las artes se elevan sin necesidad de estudio, donde nace el hombre escribiendo notas suaves y armónicas, ó bien modulando en su sonora lira los dulcísimos conceptos que ha de legar á la posteridad.

¿Quién si no un Benvenuto Cellini podía hacer un Cristo de la espiración, en el duro marfil, dándole la blandura de las carnes, las arrugas de la piel y la vida que iba á perder, y que marcaba con el rostro del mártir, á la vez, la gloriosa resignación y los agudos dolores que sufría?...

Italia ha sido siempre el sueño de las almas sensibles, el amor de los corazones que latén por lo bello, y el sublime ideal de las ardientes fantasías.

¡Qué noche tan hermosa!... En las bellas lagunas se desliza una góndola. Barbarini, el marinero más robusto y valiente de aquellas riberas, rema pausadamente y mira la luna, que vá trazando círculos de plata en las cristallinas aguas.

No vá solo: lleva una mujer consigo. Es una hermosa virgen, que parece una estatua griega. Cualquiera diría era un bello modelo del taller de un famoso artista.

No se mueve, no habla, no suspira. ¿Si estaría muerta? El marinero la mira alguna vez con marcado respeto. Quisiera hablarla; pero la superioridad que ejerce sobre él, se lo impide.

Vá vestida de blanco, y su finísimo velo ondula, mecido por la brisa.

La luna, que tiene la cualidad de hacer los objetos pálidos y brillantes como el nácar, dá á á la fisonomía de aquella mujer un encanto inesplicable.

Es hermosa; pero no tiene los rosados arreboles de los quince años. Ha pasado ya á esa edad en que la reflexion y el sentimiento pone la frente sombría y la boca con una sonrisa de dolor. ¡La experiencia!... ¡Oh, la experiencia, con sus funestos desengaños, imprime la duda en la mirada y la indiferencia en la actitud!

Sin embargo, bajo aquel traje, color de nieve, bajo aquella frente meditabunda, bajo aquel aspecto glacial y desdeñoso, hay escondida una llama, que como los volcanes subterráneos, ha luchado en vano por salir del centro que le dá abrigo.

¿Y qué extraño es que el rostro aparezca velado por el dolor, cuando el pecho encierra una pasión misteriosa y solitaria, como la amapola de las ruinas ó el olvidado líquen del desierto?

Aquella mujer es una palmera, á quien arrebataron en sus floridos abries la compañera dulce, á quien miraba en medio de la soledad del campo, como el único bien de su existencia. El árbol de la felicidad habia crecido ante ella con bellísimos colores, y un huracan despiadado y violento vino á troncharle, como la muerte al inocente niño que reposa en los brazos de su madre.

Vivir sin corazon es horrible; pero vivir con sobra de corazon, es el martirio más inhumano que nos ofrece la naturaleza.

En el alma de aquella mujer habia amor para llenar el mundo, y sin embargo vivia reprimido y oculto, como la tímida violeta entre las zarzas y jaramagos. Todo lo que no era su pasión, le parecia indiferente.

Barbarini, el intrépido marinero, de ojos rasgados y negros y voluntad firme y decidida, habia más de una vez dejado resbalar por su rostro una lágrima, al contemplar el rostro de aquella mujer. En su rudeza comprendia que aquella hermosa y pálida frente encerraba memorias funestas, y que aquel oprimido corazon debia encerrar un torrente de desventuras.

Alguna vez el marinero, por distraerse de sus cavilaciones, entonaba sencillas barcarolas, y entonces aquella estatua bellísima parecia cobrar animacion y escuchaba atentamente las lindas estrofas del marinero. Entonces, si este callaba, le decia: — ¡Sigue, sigue, Barbarini! ¿No sabes que me gusta la música?

El marinero obedecia; pues segun podia leerse en su tostado semblante, hubiera dado por la felicidad de aquella mujer, no solo sus redes y su barca, sino su sangre y su vida.

Hay seres que arrebatan de un modo superior, que inspiran amores á toda alma sensible, que conquistarian el mundo entero si se empeñasen en ello; y sin embargo están condenados á no disfrutar las dulces caricias del amor, porque se fijaron en un imposible, y fuera de este no encuentran quien les inspire la ardiente pasión con que soñó su fantasía.

El pasar de un objeto á otro en el amor, es una materialidad mezquina que desdeñan los seres espirituales. El amor es el alma, y el alma solo sabe adorar, y la adoracion no es sentimiento que se destruye fácilmente.

La góndola seguia el rumbo que le daban los remos: ellos eran impulsados por los brazos de Barbarini, y estos por la voluntad ó el capricho de la desconocida. Corrian las lagunas como los patineros los estanques helados, en recta y pronta direccion.

La noche avanzaba, y la jóven no manifestaba deseos de saltar en tierra.

Sus ojos se fijaban en la inmensidad del espacio y de las aguas. Quizá bendecian la grandeza de Dios, viendo aquel panorama brillante que tanto dice al alma y que solo comprenden

los que han pasado una noche en el mar.

De repente la jóven lanzó un gemido y empezó á modular su garganta las bellísimas notas de una preciosa fantasía de Pablo Iradier.

Si un furioso leon hubiese podido oirla, si un tigre al ir á avalanzarse á su presa hubiese percibido tan sonora melodía, de seguro que hubieran quedado clavados en tierra como las fieras encantadas de los cuentos que nos referían en la niñez.

Aquellos no eran ecos humanos. Tan pronto parecían oírse las dulces cadencias de un arpa, tañida suavemente por una mano delicada y diestra, como los trinos de un ruiseñor, que al ver aparecer la luz del día, bendice el nido donde pasó la noche con su amada compañera.

Otras veces semejaba al lánguido murmullo de un arroyo, y luego se iba elevando hasta llegar á los estridentes gemidos de la desesperación, de las olas ó los truenos en una noche de negra borrasca.

Luego parecía que aquellos cánticos salían de un templo, y que la dulzura de un órgano y las voces melodiosas de las vírgenes, todas en coro, saludaban el Adriático, en forma de oración ó plegaria divina. Era una magia inesplicable, una garganta que imitaba todas las aves, los torrentes, los arroyuelos, el rumor de la esfera y cuantos sonoros instrumentos ha inventado la grande inteligencia del músico y la encantadora melodía del poeta. Cantar así es estar dotada de la facultad de los ángeles, es tener un asiento seguro en el cielo, porque solo para cantar á los pies del Trono de Dios pudo crearse una voz tan hechicera, tan poderosa, tan superior, tan grande, tan magnética, tan infinita, tan arrebatadora.

Barbarini cayó de rodillas, soltó los remos y se quedó absorto, con los rasgados ojos fijos en aquella criatura celestial, y conteniendo su fuerte respiración por no perder un ¡ay! siquiera de aquella voz que le hacía temblar, palidecer, exaltarse, contraer sus miembros, latir las arterias de sus sienes y de su corazón, y dejarle estático, sin cuidar de su barquilla, ni darse cuenta de si existía ó nó.

Barbarini tenía esposa é hijos: los amaba como todos los padres; pero si le hubiesen dicho: «no vas á volver á verlos; te vas á sepultar en

el fondo del mar, donde constantemente cantará esa mujer,» hubiese impulsado su góndola hasta tocar el fondo del abismo por un poder sobrenatural que no sabía explicarse y que le atraía y le dominaba.

La góndola iba sin dirección. El marinero seguía absorto, y la jóven no se cuidaba del rumbo ni lo avanzado de la hora, ni lo poderoso y temible del mar.

¿Qué le importaba á ella morir? ¡Había vivido tanto! ¡Cada año de sufrimiento son treinta para el que cuenta día por día los anales de su desventura!...

Todas las noches paseaba por las lagunas: todas las noches daba sus quejas al viento, sus gemidos al mar, sus plegarias al cielo; y al día siguiente, al despertar del insomnio, encontraba en su corazón la misma amargura, el incesante dolor de un bien perdido, y el paño mortuario de un cielo sin esperanza, que había soñado en el mundo, y que la suerte le había mentido de una manera despiadada y cruel.

Ya solo concebía un bien, y era la muerte. Disfrutar en la otra vida la verdadera recompensa de las vírgenes mártires, que amaron y vieron agostarse sus amores como el lirio que deshoja la airada tempestad.

Porque Dios concedió el amor á las almas como el presente más bello, el prisma más seductor y el más superior recreo de los goces humanos.

Quiso que los seres se amaran entre sí para que por este aliciente encantador fuesen capaces de todo lo noble, de todo lo grande, de todo lo elevado.

Por medio del amor se despertaron á la luz los sentidos del hombre; por él emprendieron las más temerarias empresas; por él hubo artes, y ciencias, y letras, y héroes, y génios privilegiados, y laureles y mausoleos.

El corazón que no ama, jamás sabrá elevarse ni distinguirse, ni verse coronado por la diadema de la sabiduría, ni las rosas de la inspiración.

El corazón que no ama, sabrá conquistar oro, y en su avaricia guardarlo; pero no sentirá en su mente los hermosos rayos de la creación, ni pronunciará su nombre envanecida la justiciera posteridad. Amar es engrandecerse y no

morir en las generaciones venideras. Porque el amor busca un nombre distinguido que ofrecer en el altar de su adoracion, como le buscaron Dante, Petrarca y Tasso, para rendirlo á los pies de las mujeres que amaron hasta el delirio.

La virgen de la góndola cantaba, y tambien ofrecia su canto á un sér que no la oia, pero en quien ella pensaba sin cesar. Es verdad que no le hallaria en la tierra; pero soñaba con encontrarle en el cielo. Allí no le separarian de él; allí sus almas gemelas, se buscarian entre los coros de los ángeles, y Dios les bendeciria por lo mucho que habian sufrido. Las lágrimas caian de los ojos de la hermosa cuando soñaba tanta felicidad. Para llegar hasta ella no perdonaba medio alguno. Como la virtud tiene preferente lugar al lado del Señor, y la caridad es el primer adorno de ella, la hermosa jóven repartia entre los desgraciados sus bienes y sus palabras de consuelo.

Solo vivia para el bien, así como la amargura solo vivia para ella.

—Barbarini, ¿qué hora es?—Señora, la noche media.—Perdona; me habia olvidado de que tu pequeño hijo está enfermo. Rema aprisa y conduceme á casa; y mañana recibirá Lucina, tu buena mujer, medios para cuidarle.

El marinero se arrodilló por toda respuesta. La noble dama le hizo una señal delicada para que se levantase, y el silencio volvió á reinar en la barca, hasta perderse á lo lejos y acercarse á la populosa y encantadora Venecia.

IX.

Los dos marineros.

—¿Y es española, dices, Barbarini?—Tan española como vos, señor, y tan buena como el agua para un caminante sediento. No la busqueis en el palacio del Dux, ni en los salones de la Princesa, ni en ninguno de los saraos ni mascaradas de las góndolas; buscadla al lado del enfermo, á la cabecera del que espira, ó arrullando entre sus brazos los huérfanos niños, ó sirviendo de guía á la inesperienza y á la juventud. Ese es el dia para la hermosa española de que os hablo, señor. ¡La noche! ¡Oh! la noche la emplea de muy distinto modo; la noche la reserva para llorar y sentir.

—¿Sin duda algun secreto?...—No sé: ella corre en mi góndola, y llora, canta ó medita, mientras yo la contemplo embelesado. Porque si hemos de creer en los santos, esa señora misteriosa es la imágen y semejanza de las mártires resignadas, que santificaba Roma en su tercero y cuarto siglo de luz y de fé.

—Barbarini, es preciso que yo la observe, que yo la vea, sin que ella sospeche que bajo este disfraz de marinero, hay un patricio que se interesa en su felicidad.

—¿Señor, señor! Su felicidad la creo imposible. Un secreto pesar la devora, y solo pronuncia frases de muerte, de cielo, de eternidad. Sufre mucho.

—¿Y su madre?—¡Oh, no la tiene! Murió dejándola sola en el mundo, como el faro que veis á lo lejos, entre las brumas que se levantan del mar.

—Refiéreme su historia, Barbarini.

—Señor, es corta y sin interés, para quien no conoce el corazon de la signora Elvira.

—Cuenta, habla, y Dios y yo te recompensaremos lo que digas.

—¡Oh! Cuando vino á Venecia la hermosa española, no estaba yo tan dado á los mares, ni me habia unido á mi Lucina; porque de esto hace diez años.

—¿Harto lo sé!—dijo interiormente el finjido marinero.

—Llegó á Venecia, y su llegada hizo mucho ruido. Se anunció en papeles y esquinas, y todos la tributaron las mayores muestras de admiracion y asombro.

Yo servia á un cantante. A un tenor, generoso en extremo, y que en vez de tenerme como criado, me trataba como amigo. Así es, que cuando iba al teatro me llevaba, y allí veia á la señorita Elvira, á quien daban todas las noches muchos aplausos.

Su casa estaba siempre llena de la nobleza italiana, y muchos aspiraban á su mano, con la más ardiente pasion.

¡Mi amo!... ¡Pobre amo mio! La queria más que todos juntos, y se puso pálido como la flor del azahar, y distraido como el que se arruina, y sin sueño como los locos.

Siempre que estaba delante de la señorita Elvira, la miraba de una manera que yo me es-

tremecía; pues como todos más ó menos rudamente hemos amado en el mundo, y eso se aprende sin necesidad de escuela, ya comprendo de uno, cuando un hombre está ó no desesperado.

Pero la señorita parecia no comprenderle, ni á él ni á ninguno, y cada día se la veía más triste, y más ajena á cuanto la rodeaba.

Mi amo, estuvo sufriendo mucho tiempo esa lucha interior, que en verdad no es muy divertida; pues esto de que duela el corazón sin cesar, y el espíritu decaiga, y sin estar enfermos tengamos un malestar indefinible, y no probemos bocado que nos parezca en sazón, ni tengamos sueño reposado y tranquilo, la verdad, es peor que un tabardillo negro, ó que una pulmonía fulminante.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

SAFO.

ODA (1).

Almo númen de amor y poesía,

Inspira tú mi mente;

Quiero cantar á la mujer que un día

Admirada escuchó la Grecia entera,

Aquella, cuya frente

Con sagrado laurel su patria ornara,

¡Su patria, que altanera

A la mujer por débil despreciara!

Mas tú, pulsando la armoniosa lira
Mostraste un corazón puro y amante,
Y en tu alta frente el genio que te inspira,
Safo inmortal, con ánimo arrogante
Abres potente el templo de la fama
Que para sí se imaginara el hombre...

Y tu preclaro nombre

Con el de Homero conservó la Historia.

¡Mujer que cual tú ama

Y en alta inspiración su mente inflama,
Puede escalar el templo de la Gloria!

Si el Olimpo, aunque bellas,

Pobló la Grecia de lascivas diosas,
¿Qué Olimpo hay para tí? ¿Tal vez aquellas
Amaron más que tú? Porque dichosas

En lúbricas delicias

Gozando de los dioses las caricias,

O trasformadas en mortales seres,

Partiendo con los hombres sus placeres,

El poeta les canta sus loores.

¡Tu patria las adora!

¿No merecen más premio los dolores?

¿No merece más lauro la que llora

El desgraciado fin de sus amores?

Merecieras un cielo. En tus cantares
Suenan el eco de mágica armonía

De la lira de Orfeo,

Cuando de las montañas y los mares.

Las fieras y los peces atraía;

Sublime poesía

Con que inspiró Tirteo

El denodado esfuerzo en la pelea...

¡Pero es tu canto el canto del deseo

Y es tu amor el amor de Citera!

Viste en él tu ventura
Y adocraste á Faon; ¿quién más dichoso
Pudo ser en el suelo?

No ofreciste á su orgullo la hermosura

Que el soplo de la tarde desvanece,

Nó el poder ambicioso,

Nó la vana riqueza, que envilece;

Mas sí un tesoro inmenso de ternura,

De amante inspiración potente vuelo,

La gloria del amor, que amando crece;

¡Y ese amor fué tu cielo!

¡Cielo, que eterno la ilusión figura!

Mas ¡ay! abandonada por tu amante,

Infortunada Dido,

Grande en amor, pero en dolor gigante,

Al libar de ese cielo la amargura,

Lanzó tu lira su postrer gemido,

Que resonó cual canto funerario.

¡Viste el mar á tus plantas estendido

Y el mar fué tu sudario!

Tu genio vive aún, gigante sombra,
Y á nuestro mundo asombra,

(4) Esta composición fué leída en sesión extraordinaria de la sección de ciencias y literatura del Liceo valenciano, presidida por la Sra. Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, y forma parte del álbum destinado por aquella corporación á dicha eminente poetisa.

Ya sublimada la mujer liviana.
 ¡Ese génio se nombra,
 No ya Safo sin fé, Safo cristiana!

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

Enero del 59.

LA HOURI DE LA FRENTE PALIDA.

Leyenda árabe.

(Continuacion.)

Protejido por las sombras, he pasado noches enteras oculto entre los bosquecillos de tilos y avellanos que la cercan, y no he conseguido sino aumentar mi afán, mi deseo, al escuchar los sonoros ecos de una guzla que acompañada de una voz más dulce y sonora que el murmullo del arroyo y que el trino de las aves, entonaba un sentido romance de amores.

La calma ha desaparecido por completo de mi pecho, y siento un afán que nunca conocí, una intranquilidad que me deleita y me mata á la par, un deseo que me arrastra hácia esa fortaleza, porque en ella creo se encuentra el ángel de mis sueños, la estrella esplendorosa de mi ventura.

Por eso he venido á buscarte, tú que lees en los astros el destino de los mortales, tú, para quien no existe el velo impenetrable del porvenir; aconséjame, aconséjame el medio de poder alcanzar el amor de esa vírgen de mis sueños, porque sin ella la existencia me es insoportable y mi juventud se agosta como la corola de la fresca margarita al rayo del sol abrasador del estío.

—Voy á consultar los astros,—dijo el hebreo, y fijó su vista en el cielo, el cual, terminada la tormenta, empezaba á aparecer tachonado de lucientes estrellas.

Después de un largo rato de contemplación trazó sobre una tabla negra varios signos cabalísticos, y volviéndose al joven le dijo:

—Lo que está escrito se cumplirá, tú alcanzarás el amor de esa houri de la frente pálida; pero te será funesto como funesto ha sido á los que por ella han abrigado en su pecho ese sentimiento.

—¡Ah! ¿Con que nó era un sueño? ¿Con que

esa vírgen de mis amores no es una ilusión de mi calenturienta fantasía?

—No; escucha: esa torre, sobre la cual el vulgo medroso é ignorante cuenta tan absurdas consejas, nada encierra de sobrenatural.

Voy á revelarte el misterio encerrado en ella.

El actual Emir de Córdoba, Moamet-ben-Abdel-Rahman-ben-Obeidalá, después de haberse apoderado del trono por una asonada, en la cual asesinó á su verdadero poseedor, el sábio, el virtuoso poeta Hercham, hizo esclava á una hija de este llamada Zobeida.

Los dos hijos del usurpador, Alí y Aben-Acen, al mirar la hermosura sobrenatural de la cautiva de su padre, concibieron por ella una pasión volcánica.

Obsequiaron los dos á la doncella.

Y ella vió en el amor de los mancebos un precioso talisman para vengar la muerte de su padre.

Alentó los amores de los dos hermanos y esperó una ocasión para llevar á cabo su intento.

Esta no tardó en presentársele.

Una tarde paseaban reunidos los dos jóvenes por una calle del jardín del alcázar, á la cual caían las tupidas celosías de los agimezes del dormitorio de Zobeida, cuando cayó á sus piés un ramo formado de mirto y siempreviva, acompañado de una gacela perfumada, en la cual se encontraba escrito en caracteres azules este mote: «Para el amado de mi alma.»

Los dos hermanos lanzaron un grito de alegría y se arrojaron sobre el ramo, el cual quedó en poder de Alí.

Entonces Acen, volviéndose á él, le dijo: —Vuélveme esa prenda de amor, porque esa prenda de amor es mía.

—Mientes; este ramo de flores le ha arrojado á mis piés la bella Zobeida, la amada de mi alma, y el hombre que quiera verle en sus manos, tiene primero que arrancarme el corazón; —y al acabar de pronunciar estas palabras echó al aire la fina hoja de su cimitarra.

—Pues bien; yo tampoco cedo la posesión de ese ramo, y si para conseguirla es indispensable arrancarte el corazón, te le arrancaré.

Los aceros se cruzaron, el ángel de la muerte

cernió indeciso por algun tiempo sus negras alas sobre las cabezas de los combatientes.

Los dos son diestros, valientes, y ninguno pierde un palmo de terreno; pero los dos están cubiertos de heridas.

Al ruido de las armas, el Emir penetró en el jardín seguido de sus guardias.

Un espectáculo horrible se presentó á sus ojos.

Los dos combatientes yacían revolcándose en un lago de sangre, en medio del cual se encontraban el ramo y la gacela, causas de aquella lucha.

Al día siguiente Alí espiró, y los médicos no confiaban en que cabría mejor suerte á su hermano.

Entonces el Emir, enterado de todo, mandó encerrar á Zobeida, encargando esta misión á un walí suyo llamado Aben-Comisa, y dándole una numerosa guardia de esclavos mudos, le hizo trasladarse á esa torre que con el propio objeto habia mandado recomponer, con la órden espresa de que el día que recibiese la nueva de la muerte de su segundo hijo, le remitiese en una caja la cabeza canforada de la jóven.

Ahí tienes el porvenir que espera á esa desgraciada.

Si el jóven Acen espira, lo cual es muy posible, pues los más acreditados médicos desconfían de salvarle á pesar de sus esfuerzos, la venganza del Emir hará rodar la cabeza de Zobeida.

El walí, dispuesto á cumplir en un todo las órdenes de su señor, se encerró desde aquel día en esa fortaleza, y ninguna persona ha pisado sus umbrales, si se exceptúa la guardia de esclavos mudos, que viniendo de Córdoba todas las lunas conduciendo órdenes y víveres, penetran en ella á las altas horas de la noche.

Ahí tienes descubierto el misterio que rodea á esa torre.

—¿Con que segun decís, de la vida de Acen pende la existencia de la virgen de mis sueños, de la única esperanza de mi alma?

—Así está escrito.

—¿Y que el día que Azrael corte á ese jóven el hilo de la vida, el hacha del verdugo hará rodar la hermosa cabeza de mi amada?

—Así está escrito, y lo que está escrito se cumplirá.

—No, Yacub; yo sabré oponerme; soy rico, soy valiente; yo tengo á mis órdenes una taifa de bizarros ginetes; cercaré la fortaleza, la entraré á sangre y fuego, y salvaré á despecho de todo el poder de Córdoba á esa hourí de la frente pálida, á ese ángel por quien suspiro, y cuya muerte sería la mía, porque yo no puedo vivir sin ella.

—La fuerza de vuestro amor y la inesperienza propia de vuestra edad, os estravía.

Vuestros intentos, por poderosos que sean los medios para llevarlos á cabo, se estrellarán contra el poder de los que defienden esa torre.

Querer penetrar en ella á la fuerza, es como querer poner un dique á la marcha abrasadora del Simoun.

El único medio posible es la astucia.

Con ella se vencen todos los obstáculos y se allanan todas las dificultades.

—Pues bien, aconséjame: yo necesito á cualquier costa salvar á esa doncella, y apartar de sobre su cabeza el peligro que la amenaza.

—Oídme: todas las lunas, como os he dicho, el Emir de Córdoba manda una escolta compuesta de cincuenta ginetes, con víveres y órdenes, á relevar la que guarnece esa torre; su objeto, al obrar así, es el que no puedan estando en ella mucho tiempo, ponerse en inteligencia con la cautiva y proteger su fuga.

Llegará un día en que esa escolta penetre en la torre, permanezca solo algunos momentos y vuelva á partir mandada por Aben-Comisa, quien llevará sobre su caballo una caja de ébano.

Entonces Zobeida habrá dejado de existir, y esa torre volverá á cerrarse para siempre.

Para evitar que esto suceda, no encuentro más que un medio, pero un medio difícil, arriesgado.

—Hablad, hablad sin dilacion, que por arriesgado que sea, ante nada cederán mi valor y mi constancia.

—Pues bien, jóven; lo primero que debeis procurar es hacer conocer á esa virgen la pasión que hácia ella sentís, para lo cual vuestro amor os aconsejará los mejores medios; pero hacedlo siempre con prudente reserva, y sin que nada puedan sospechar sus vigilantes guardadores.

Después, cuando os veais correspondido, que de seguro os vereis, pues esa tierna tortolilla encerrada ansía ardientemente tender sus alas con libertad por el espacio, armad la taita de vuestros bizarros guerreros, y poniéndolos á la cabeza, emboscaos en una de las cortaduras del camino por donde ha de pasar al terminar esta luna, la escolta que vendrá á la torre, y cayendo de improviso sobre ella, prended ó matad á todos los que la componen, y disfrazando con sus trajes á vuestros parciales, introducidos en la fortaleza y salvad á la virgen de vuestros amores.

La empresa es difícil; pero con valor y prevision, el éxito es seguro.

—Así lo haré, y Alá te guarde, que la aurora empieza á lucir; —y el caballero se dirigió á la puerta y se perdió en los pasillos.

—El Dios de Jacob te proteja, — contestó el anciano.

(Se continuará.)

JULIAN CASTELLANOS.

LA PERFECTA HERMOSURA.

Levántate lozana,
Rosa gentil, orgullo de las selvas,
Que ya brilla en las puertas de la aurora
Entre celajes de zafir y grana
El ástro rey que los espacios dora.

¿Por qué no alzas tu seno
Más que las flores todas arrogante,
Y nó que humilde entre el follaje creces,
Tú, que en el valle y el verjel ameno
Como reina de todas apareces?

¿Qué falta á tu hermosura?
Oro y carmin se adunan en tu frente,
Y entre verdes pimpollos y hojas bellas,
Fresca, aromosa, y matizada y pura,
Con gracia y majestad siempre descuellas.

¿No ves cual te engalana
Al matutino albor grato el rocío,
Y entre aplausos sin fin el áura leve
Gira amorosa en tu redor, y ufana
Con blando halago tu corola mueve?

¿No ves cómo suaves
Los árboles risueños te saludan
Con sus murmullos dulces y acordados,
Y cuál te admiran las canoras aves,

Y señora te aclaman de los prados?

Mas ¡ah! que la belleza
Ignoras, que el Eterno te concede;
Y dichosa, al oír que aves y flores,
Entusiastas bendicen tu pureza,
Y tu dulce fragancia y tus colores;

Al escuchar que hermosa
El áura en torno sin cesar te llama,
Tú, que no abrigas insensato orgullo,
Humilde esquivas siempre y temblorosa
Su lisonjero y apacible arrullo.

Ya tu frente se inclina
Si aves, áuras y flores te saludan;
Ya carmin más subido te colora...
¡Oh! cuánto la modestia, flor divina,
Tus célicos encantos avalora.

Jamás el necio orgullo
De la hermosa en el alma se entronice:
Feliz la que temor tan solo siente
De la lisonja ante el faláz murmullo,
Y del aplauso al seductor arrullo
Humilde inclina con rubor la frente.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a *Figura*.—Traje de señora. Vestido color de Habana claro, salpicado de pequeñas golondrinas puestas en todos sentidos. Cuerpo *Gabrielle*, mangas semilargas, con vuelta en el puño y forkeys arriba formando picos. El delantero del vestido vá guarnecido por tiras de pasamanería, que sube en disminucion hácia el talle, prolongándose por el pecho; cada tira tiene una borla en los extremos. Cuellos y mangas bordadas. Sombrero de tul blanco fruncido, bavolet de terciopelo azul y bridas blancas. Está adornado con plumas blancas y azules, y flores de jazmin.

2.^a *Figura*.—Traje de niña. Vestido de tafetan color de rosa, guarnecido de una ancha cinta de gró labrado negro, con una línea blanca. Cuerpo de escote cuadrado, adornado con igual cinta, pero más estrecha. Manga corta formando un bullon. Cinturon de la misma cinta, formando un lazo atrás. Camiseta de pliegucitos.

Por todo lo no firmado,
La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretit de los Consejos, 3, principal.



Moine imp. r. St Louis en l'Île-go. Paris

1047

LES MODÈS PARISIENNES

Ayuntamiento de Madrid
Bureau du Journal, 20. r. Bergère.

